

## **En busca de un lenguaje crítico común: entrevista con Wilfrido H. Corral**

*Looking for a Common Critical Language: Interview  
with Wilfrido H. Corral*

**Marcelo Báez Meza**

(Escuela Superior Politécnica del Litoral)

mbaez@espol.edu.ec

EN Europa como en las Américas donde vive y trabaja el ecuatoriano Wilfrido H. Corral, “Will” entre sus amigos, sigue siendo una de las voces más sonoras y respetadas de la crítica literaria iberoamericana, que al nutrirse de y estar dirigida a un público cotidiano contribuye al pensamiento latinoamericano de manera más visible. En ese contexto Corral y muy pocos otros, como Ignacio Echevarría y Christopher Domínguez Michael, son referencias ineludibles cuando se trata de poner el punto sobre las íes de la cultura literaria del continente. Por formación y el espíritu de su época siempre atento al pensamiento crítico, alrededor de 2005, cuando con Daphne Patai publicaron la seminal y no agotada *Theory’s Empire* (objeto de diecisiete reseñas y un libro dedicado a su contenido) con Columbia University Press, Corral comenzó a cuestionar qué añadían al pensamiento crítico los excesos teóricos con que la generación interpretativa que le sigue pretende autorizarse o legitimarse. Siguieron a ese libro *Cartografía occidental de la novela hispanoamericana* (2010), *Bolaño traducido: Nueva literatura mundial* (2011), *El error del acierto (contra ciertos dogmas latinoamericanistas)* (ed. española 2013), cada uno de los cuales contiene un cuestionamiento frecuentemente polémico de la gran dependencia conceptual en metodologías interdisciplinarias que terminan mostrando su falta de disciplina.

Vierte sus opiniones más recientes sobre la deriva del pensamiento crítico literario en *Condición crítica. Conversaciones con Marcelo Báez Meza. Crítica revisada* (Antropófago, 2015, disponible desde 2016), en que se explaya contundentemente sobre sus avatares. En otros ensayos trata un tema pertinente a su libro, “la condena de la edición nacional”, o sea, la de libros que no salen de países periféricos. Por eso es necesario y sensato exponer aquí las coordenadas de cómo Corral concibe su trabajo, relacionándolo a lo que más le importa: la literatura. Hemos seleccionado las preguntas y respuestas representativas que siguen acerca del estado del arte. Coadyuvados por unas notas subsecuentes sobre latinoamericanistas radicados en Estados Unidos, entre ellas “Una crítica traducida y domesticada” en *Letras Libres* (XVIII, 206, febrero de 2016, 32-35); y una reseña de un estudio ideológicamente rígido en *Iberoamericana* (XVII, 66, noviembre de 2017, 282- 289), actualizamos esas conversaciones cuando necesario, una con la nota del novelista chileno Carlos Franz sobre un congreso de Americanistas, “Lenguas francas”, publicada en *La Segunda* (28 de julio de 2018, 12) y en su página de Facebook.

Convenimos con Franz cuando manifiesta que “América produce conocimientos tan vastos como ella misma. Pero el sueño de un saber global, que pueda sintetizar un tema tan grande, se aleja porque las disciplinas se especializan. Cada vez sabemos más de muchas cosas y menos de todo”. Los diálogos que siguen coinciden con esa sensación de que la especialización hace que esos saberes hablen lenguas crecientemente distintas; y que “los términos de las respectivas ciencias, que sus cultores consideraban comprensibles, se revelan raros y hasta absurdos cuando otros los malentienden o los ignoran. Esa brecha entre disciplinas se abre, aún más honda, entre el dialecto de éstas y el lenguaje de la sociedad”. Afín a nuestro intercambio es un argumento vital de Franz: el celo especializado produce una razonada irritación en el mundo más vasto, abre paso a los demagogos con sus lenguajes falsamente naturales y por ende “sería necesario crear una lengua común [...] que facilite el diálogo entre los distintos saberes y de estos con la sociedad. Esa lengua franca es especialmente necesaria en el caso de las humanidades, para que éstas recuperen una influencia efectiva sobre nuestra sociedad”. Busquemos ese lenguaje crítico.

**Marcelo Báez Meza (MBM):** *En El error del acierto ofrece su opinión sobre la crítica literaria latinoamericanista en el mundo angloamericano. Ahora que hay una segunda edición española de ese libro, cuyo temple celebró el crítico uruguayo Ignacio Bajter en Letras Libres de junio de 2013, ¿ha cambiado su visión de esa práctica?*

**Wilfrido H. Corral (WHC):** De hecho, me ocupé del estado de la crítica angloamericana en la primera parte de *El error...*, y su pregunta coincide con una que me acaba de hacer un crítico español, si creo que los “estudios culturales” han llegado a su agotamiento. Desde hace tiempo García Canclini ha creído que sí, pero como en nuestros países les creen más a ciertos estadounidenses, nuestros colegas no se han enterado. Como la segunda edición de mi libro está revisada, y se trata de presentar los argumentos del libro a un público más amplio, no me concentré en el estado actual de esa crítica, por una razón muy evidente: la latinoamericanista, cuyas bases defiende en la segunda parte de ese libro —añadiendo un largo capítulo sobre la teoría literaria de Roberto Fernández Retamar que había publicado en Cuba— sigue siendo dependentista; y sin retomar las razones ontológicas que ya he detallado y por las cuales siempre ha sido así, se puede observar algunos cambios.

Los intereses actuales del latinoamericanismo anglófono, siempre distanciados unos de otros, tienden a concentrarse, en ningún orden de preferencia, en la ecocrítica, la “agencia” (por lo general de sus viajes), la cognición, la memoria (que todavía no drenan del sentimiento), las “masculinidades”, la victimología, y recuperar mediante algunas variantes del poscolonialismo lo que queda de la crítica autollamada “progresista”, que debe definirse como tal porque se preocupa de su propio progreso. Más que un compromiso real con esos temas lo que transmiten es un débito inmediato con no quedarse atrás con ningún “proyecto” crítico del mundo en que viven, aplicando conceptos poco digeridos, que no cuajan o se desconocen o interesan en la cultura nativa.

**MBM:** *En su optimista Literary Criticism in the 21st Century. Theory Renaissance (2014), Vincent Leitch, que considera que nuestro TE “sigue siendo la biblia de argumentos antiteóricos*

*contemporáneos”, sostiene que hay noventa y cuatro subdisciplinas y campos en torno a doce temas mayores que cambian esferas y se funden en combinaciones originales. Con razón se confunden.*

**WHC:** Son imposiciones que, por suerte, vienen y van, y hasta ahora es claro que los nativos no se quedan con ellas. Es una crítica que pretende salvar al mundo con complejos mesiánicos; otros no tenemos esa ambición. Otros intereses son la estadística digital *vis-à-vis* la literatura mundial, y por extensión de esta última, la traducción. Agradece constatar que, tal como señalamos en *TE*, hay una vuelta a la filología bien entendida y renovada, como expresaba Edward Said al fin de su vida, y le siguieron otros de los que llamamos “críticos arrepentidos”, aunque el daño a la interpretación está hecho. No es por nada que hay una recuperación de textos no compilados de Auerbach, y todo un libro dedicado a la filología, ambos de 2014, en inglés. Por algo en el libro mencionado Leitch sostiene que los “estudios culturales” no caben como teoría, porque “siguen siendo amorfos, y además les faltan fundamentos históricos y precisiones de teorías”

**MBM:** *¿Cree usted que el inglés es o debería ser hoy la lengua oficial de la crítica?*

**WHC:** El caso es que muchos críticos recientes, como en un momento los de las escuelas formalistas, no proyectan a los lectores que la representación literaria de nuestra experiencia se capture mejor con un lenguaje cargado emocional y moralmente. Sobre todo entre los latinoamericanistas recientes, se dan lecturas terciarias sobre otros críticos, no un compromiso directo con el crítico fundacional. Ese gesto es circular, porque los que, por ejemplo, endiosaban a Foucault, no habían leído lo que leyó Foucault, lo cual también nos conduce al problema, abundante en Estados Unidos, del crítico monolingüe, que maneja solo su lengua, actitud poco distante de la imposición casi oficial y oportunista (para el que vive en Estados Unidos) del *English only*. Aun en esa lengua, los académicos que son hablantes nativos escriben mal, al extremo que ha habido concursos anuales sobre los ensayos más incomprensibles y peor escritos.

No es tanto el crítico como persona, sino el habla de la academia. Las oraciones de esta tienden a ser largas, rellenas de vocablos abstractos, y tienen sentido solo para los que ya conocen la mayoría de la información en que se basan. En un sistema como ese la corrección política permite que las instituciones más prestigiosas tengan profesores mediocres o que no han producido nada en años, según el evangelio de que todos son “brillantes”, y cuestionarlo es alterar el sistema, que pierde. Esa coacción, admitiendo que un crítico puede escribir en la lengua que le dé la gana, ha llevado a la insensatez de que un crítico de lengua española proponga por escrito que “la lengua de la crítica es el inglés”.

Casi nadie ha desafiado esa boutade, ¡o su inglés!, supongo que por el “poder” que los temerosos creen que tiene aquel crítico, o para que los invite a su universidad o les escriba una carta de recomendación. La paradoja es que los detractores de ese crítico, Walter Mignolo, escriben sus diatribas en inglés, o solo aluden a él. Tal vez sea más grave que en una entrevista de junio de 2015 no se le pregunte sobre su preferencia, dejando intacta esa parte del imperialismo. Si creen que el problema es tan serio, ¿por qué no hablan de frente? Es seguro que Auerbach y varios franceses del entresiglo estarán dando vueltas en sus tumbas. No obstante, hay que admitir que la interpretación en lengua española sigue dependiendo del “Triángulo de las Bermudas”, es decir de la crítica y teoría producida en Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. Bueno, ¿qué se puede hacer? Ser revisionista, y pienso en algunas publicaciones recientes que actualizan lo que Patai y yo ya señalamos en *TE*<sup>1</sup>.

**MBM:** *¿Qué lugar desempeña en este panorama la crítica impresionista ya que califica de esa manera a la obra de algunos críticos ecuatorianos?*

---

<sup>1</sup> Anoto las referencias mencionadas por Corral: Constantino Bértolo, “El lugar de la crítica”. *La cena de los notables. Sobre lectura y crítica*. Cáceres, Editorial Periférica, 2008, 155-210; *The Minnesota Review*, 71-72, Winter/Spring, 2009, dedicado al tema “Critical Credos”; *Volume 36*, Summer 2013, en torno a “Ways to Be Critical”, desde un enfoque multidisciplinario que considera los nuevos medios; *Les Temps Modernes*, 68, 672, Janvier-Mars, 2013, acerca de “Critiques de la critique”; y el breve dossier “Presencia crítica” de *Letras Libres*, XVI, 181, enero, 2014, 10-35.

No hablo específicamente de ninguno. Me refiero a que noto un lenguaje que pretende estar a la moda, con términos como “agencia”, “epistema”, “rastros”, “constructo” y otros “wiki-vocablos” y neologismos que no son más que eufemismos altisonantes para mantener viva la jerigonza, no el sentido crítico. No son “palabras clave”, como las entendía el crítico inglés Raymond Williams, porque no son registros de cambios sociales activos y apremiantes, y solo nos recuerdan el nivel por medio del cual la historia de la crítica quiere ser más tecnológica que humana. Esa crítica es impresionista en ese sentido, por proyectar impresiones y dejarse impresionar. Sin abandonar la jurisdicción del lenguaje, esa crítica, ecuatoriana o latinoamericana de alcance internacional, no se desafía a sí misma o entabla discusiones mayores que no tengan que ver con la literatura nacional como referente exclusivo. Por supuesto, no hay que olvidar que las instituciones y su fragmentación y especialización de los currículos son responsables por lo que se podría llamar la “deshumanización” de las artes, razón por la cual la academia será obligatoriamente una *bête noire* en partes de mis respuestas. La academia se ha dilatado enormemente en los últimos cincuenta años, sus parlamentos son más introspectivos, y cada especialización depende de su propio lenguaje privado. Paradójicamente, esa desconexión ha perjudicado al deseo de que las interpretaciones sean multidisciplinarias. O sea, no es culpa necesariamente del individuo, sino de aquel que cede al sistema, y replica el gesto imponiéndolo ciegamente a sus alumnos.

**MBM:** *¿Estaría usted de acuerdo con Todorov, cuando dice que hay tres operaciones básicas en el crítico: la primera es escuchar de manera fiel la voz de su interlocutor (el escritor), la segunda no dejarse llevar por un dogmatismo que conduce al monólogo (el crítico onanista que sólo escribe para sí mismo), y la tercera es evadir todo intento de apología?*

**WHC:** No veo cómo no se pueda estar de acuerdo con la sensatez de Todorov. Sin embargo, es normal y previsible ajustar. Primero, no sé si el interlocutor del crítico es exclusivamente el escritor, o si los lectores siempre escuchan fielmente, porque es asunto de confianza, y justo cuando quieres seguir al crítico que te convence, se va a otra publicación, o lo dejan cesante, o lo

censuran. García Márquez captó bien la complejidad de para quién escribe uno cuando manifestó que solo escribía para que sus amigos lo quisieran más, pero hoy se supone que no se puede ser sentimental. Todorov ha matizado mucho esas operaciones desde que las postuló en los ochenta, en que parecía ver el diálogo de sordos que venía y en el que seguimos. Precisamente, el crítico búlgaro encarna una progresión crítica ideal: de ser presentador, traductor e intérprete de los formalistas rusos para un público amplio y culto, pasa a hacer crítica académica especializada, y ahora ha vuelto a un público mayor con libros sobre innumerables temas humanistas, como otros de su generación y contexto. Hoy me interesa la parte más reciente de su dinamismo. Respecto a evadir todo intento de apología, obviamente que estoy de acuerdo, pero dentro de esa actitud hay que estar dispuesto a decir “me he equivocado”, porque nadie es perfecto. Ser imparcial entre lo correcto y lo incorrecto es favorecer lo incorrecto.

Me refiero específicamente a cómo, después de ser abastecedor de teoría, Todorov se dio cuenta del daño a las humanidades ocasionado por el mal empleo o entendimiento de esas teorías. Ya en 2006, en nuestra introducción general a *Theory's Empire*, Patai y yo señalamos que se estaba dando un giro en la crítica del primer mundo, mediante el cual varios críticos se arrepentían (a veces de manera defensiva, o empleando una retórica que les redimía) de los excesos que habían ocasionado.<sup>2</sup> Entre ellos están Frank Lentricchia, que ahora se identifica como “ex-crítico literario” (término alguna vez empleado por Echevarría también, aunque nunca escribe con jerigonza académica); a regañadientes Terry Eagleton (que ha criticado severamente a Gayatri Spivak), Stanley Fish y Said. Hacia finales de los ochenta, en un artículo que incluimos en *TE*, Todorov presenta su visión de la crítica estadounidense. Un subtexto de ese ensayo es explicar el miedo de hace unos noventa años de Boris Eichenbaum, de que el formalismo degenerara y se convirtiera en obra de académicos de segunda categoría “dedicados al negocio de inventar terminología y hacer alarde de su erudición”. Tenía razón.

<sup>2</sup> Disponible parcialmente como Daphne Patai y Wilfrido H. Corral, “El imperio de la teoría”, trad. José Eduardo Jaramillo Zuluaga. *El Malpensante* [Colombia] 61, marzo 16 - abril 30 de 2005, 16-29.

**MBM:** *En El error del acierto usted también habla de “críticos arrepentidos”, ¿a quiénes se refería exactamente?*

**WHC:** No me refiero a ningún latinoamericano, porque desafortunadamente tenemos la mala costumbre de nunca admitir nuestras equivocaciones, como si se acabara el mundo al hacer algo tan sano. Me agrada confirmar que los “arrepentimientos” primmundistas continúan, aunque sea a medias o enredados para no admitir culpabilidad, y que estudios muy recientes como el de James Seaton, *Literary Criticism from Plato to Postmodernism* (2014) recurran a *TE* para rastrear el origen de esos cambios. Posteriormente Todorov publicó *La littérature en péril* (2007). Ese mismo año Antoine Compagnon, que nunca ha tenido que arrepentirse de privilegiar la literatura, publicó *La littérature, pour quoi faire?* Ambos folletos han sido traducidos al español.

Pero tal vez el mea culpa mayor (por extenso) es *The Use and Abuse of Literature* (2011) de Marjorie Garber, que convenientemente no discute su propia obra, centrada en los estudios de género sexual.

Diferente de Harold Bloom, no hay en los anteriores una actitud displicente o quejumbrosa, sino constructiva, y no deja de extrañarme la reverencia hacia ese crítico. Afortunadamente, el filósofo y escritor venezolano Josu Landa, de larga residencia en México, ha pormenorizado los excesos del estadounidense en *Canon City* (2010). Examinó y actualizó estos desarrollos y sus protagonistas en la primera parte de *El error...*; y por eso me interesan más, por ejemplo, las razones por las cuales, solo al fin de su vida, Antonio Cornejo Polar publicó por lo menos un par de ensayos sobre los excesos de la crítica en Estados Unidos. No sé si algún día sabremos la visión completa de su experiencia en ese país, pero sí sabemos la de Rama, por su diario y por la entrevista *Ángel Rama. Hablar a través del tiempo* (2001) que le hace el ecuatoriano Marcelo Larrea, y vuelvo a él para seguir y terminar con Todorov.

En esa entrevista, desafortunadamente breve, Rama habla de dos tipos de crítico: a) el de aliento, que es generoso y auspicia y felicita cualquier cosa que se haga; y b) el de exigencia, que siempre pone a los autores frente a su contexto objetivo, nacional, regional y mundial. Obviamente, y desde mi perspectiva, se debe optar por la exigencia. Como añade don Ángel y resumo, es

una posición un poco dura pero honrada; y, citándolo, es una posición que “está pensando más que nada en que los seres humanos dentro de América Latina, los creadores, los artistas, no tienen por qué ser considerados débiles mentales”. Por último, y esta es otra opinión de Rama que tengo en mente ahora que estoy tratando de terminar un libro sobre los nuevos narradores (“mcondianos” y “crackeados”, más los inmediatamente anteriores, algunos “milenios” posteriores y varios olvidados), como a él, me parecen detestables “el hombre que escribe solo pensando en la literatura universal que se hace actualmente en Francia”, y, pensando más en nuestro país, los que piensan “que basta hablar de la provincia para que con ello quede justificado”. Hoy se piensa menos en Francia, y no sé qué tenía Rama en mente en ese momento, porque conocía bien la crítica francesa.

**MBM:** *En un extenso artículo-reseña publicado en Chile, Ignacio Echevarría le concede varios aciertos a su libro Bolaño traducido: nueva literatura mundial, a la vez que hace reparos críticos. Quisiera que respondiera a algunas, ya que parecería que el crítico español emplea su propia visión de Bolaño para explayarse sobre asuntos de los cuales usted tiene otra perspectiva, entre ellos la noción de “nueva literatura mundial”. Adentrémonos entonces con la aseveración de que usted “ha obrado con alguna precipitación, y que ha dejado pasar la oportunidad —al menos de momento— de llegar a conclusiones más significativas”.*

**WHC:** De por sí es un privilegio que un crítico de la talla de Echevarría dedique tantas páginas a mi libro, que ya lleva más de una docena de reseñas, todas positivas, incluida una del joven novelista argentino Patricio Pron. Me parece productivo que un crítico con trayectoria comprobada como Echevarría exprese una función de la crítica literaria, especialmente cuando cualquiera que intente hacerlo es vapuleado por la sensación de que los críticos no tienen un propósito bien definido o estable, escudándose con la “subjetividad” o eufemismos y reticencia de gacetillero mal formado. Mi empleo específico de la amplia documentación de *BT* contradice creer que hay precipitación de mi parte. No soy bolañista eterno o profeso; ni quería hacer su biografía, o una de sus libros. Como Ignacio (lo considero un amigo, me invitó a la

“Semana de Autor” dedicada a Bolaño en Madrid...), creo en ser directo; y como se desprende de varias de sus columnas semanales sobre este quehacer, comparto su visión de que la crítica necesita ser escudriñada y re-concebida constantemente, así que entiendo y respeto sus salvedades.

**MBM:** *Quiero volver al contexto de las universidades de Estados Unidos, que es lo planteado por Echevarría. Dado su conocimiento de ellas, ¿no cree usted que hay alguna intriga universitaria en este proceso de recepción no solo de Bolaño sino de cualquier autor que la academia considere canónico? ¿No le parece esto una intertextualidad de la trama cuasi policial de “La parte de los críticos” de 2666?*

**WHC:** Se puede deducir lo que “piensa” la academia norteamericana por medio de lo que escribe, y su referencia a sus intrigas da para varias películas de Oliver Stone y otros que ven una conspiración detrás de cada acto de cualquier institución de su país. No sufro de esa paranoia, y prefiero guiarme por lo publicado. En ese sentido, es más que evidente que los críticos mayores y “canónicos” no se dedican a Bolaño, tal vez porque nunca dejó bien parada a la crítica, y nunca mencionó a ninguno por nombre, y no tenía para qué conocerlos. Los escasísimos que han discutido o mencionado, hacen lecturas ingenuas, mal informadas, o claramente superficiales. Por ejemplo, Jean Franco, inglesa de larga residencia en Estados Unidos, y una admirable promotora y difusora de la literatura hispanoamericana en ese país, tiene un artículo en que arguye que Bolaño no es lo suficientemente político [sic], para su gusto.

El cubano-americano Roberto González Echevarría promete leer el resto del chileno porque *Nocturno de Chile* lo alentó a “descubrirlo”, tardíamente. Por su parte, el peruano Julio Ortega cae en la trampa de añadirse a los que creen en el mito de que Bolaño era un drogadicto, según se desprendía de un texto “no ficticio” en primera persona, y después de que el periodista norteamericano Larry Rother recogió en *The New York Times* un rumor expresado en línea, y erróneamente, por una traductora del chileno, Natasha Wimmer. Como cito y me explayo en mi libro, nadie lo ha dicho mejor que Bolaño, y vale la pena reproducir

lo que dice en el ensayo “Intento de agotar a los mecenas” de *Entre paréntesis*:

Tampoco están en peligro de extinción los profesores latinoamericanos en universidades norteamericanas. Su concepción del mecenas se sustenta en la fuerza bruta y en una cobardía sin fin. La mayoría son de izquierdas. Asistir a una cena con ellos y con sus favoritos es como ver, en un diorama siniestro, al jefe de un clan cavernícola comiéndose una pierna mientras sus acólitos asienten o ríen. El mecenas profesor en Illinois o Iowa o Carolina del Sur se parece a Stalin y allí radica su más curiosa originalidad (195).

Las suposiciones de los tres críticos mencionados, discutidas en mi libro, fueron refutadas con conocimiento de causa, y hechos presenciales, en la “Semana de Autor” de 2010 ya mencionada, entre otros por varios amigos de él, de México y España, y por autores que lo conocieron personalmente, más su editor Herralde, e Ignacio. Es decir, esas tres lecturas son emblemáticas de los problemas implícitos de fijarse en autores que están de moda y sentirse “obligado” a escribir sobre ellos.

**MBM:** *Ahora hagamos un flash forward ya que ha hablado de rebeldía. ¿Qué le condujo a pasar de autores tan “rebeldes” o sui generis como Monterroso y Bolaño a uno como Vargas Llosa, que es percibido como tradicional, por lo menos en su ideología?*

**WHC:** Esta pregunta es muy fértil, especialmente porque me hace tomar conciencia de que, en última instancia, hay un hilo en mis preferencias. Pensándolo bien, los tres autores a quienes he dedicado libros enteros fulminan las restricciones de los géneros a los que se han dedicado, cada uno a su manera, claro está. Vargas Llosa fue rebelde en y para su tiempo, Monterroso también, y Bolaño no menos, o tal vez más. El “más” se refiere a que Bolaño llega a la notoriedad en un momento en que los medios digitales complementaban a los que existían, y vale pensar en qué habría dicho de la atención que todavía atrae. Sospecho que, como Monterroso, hubiera lanzado alguna ironía. Vargas Llosa no se ha quedado atrás. La diferencia entre los tres es que el peruano es uno de los primeros latinoamericanos en adquirir la etiqueta de “autor universal”, en un período histórico dinámico, del cual la crítica era parte, y es entonces que escribe sus novelas

“nobelizables”, porque las posteriores, digamos de los ochenta en adelante, no tienen el mismo nivel, y tal vez su recurrir a puntos de vista que alternan sea señal de su agotamiento.

Es en los setenta que comienza el presunto cambio ideológico de Vargas Llosa, que tiene una carta de ciudadanía progresista que otros autores acomodaticios quisieran tener, y quiero dejar sentado desde el principio que lo considero un liberal, no en el sentido estadounidense sino en el europeo y latinoamericano, es decir, rechaza a la derecha autoritaria y a la izquierda utópica. Me di cuenta, como espero haber demostrado en *VLL...*, que las reacciones progresistas a su “ideología” no eran solo mal fundadas, o basadas únicamente en su ficción, sino que no se sostenían con lecturas cabales y honestas, no espontáneas o en base a unos pocos textos, de su no ficción. Hacerlo muestra que hay una consistencia ética en él, y que si algunas de sus ideas no satisfacen a todo el mundo, tiene una manera de presentarlas con lógica frecuentemente irrefutable, y eso es lo que más parece enojar a sus muchos contrincantes.

Es claro que, aun cuando no convence, exige atención. ¿Pero quién ha dicho que las ideas de todo autor le tienen que gustar a todo el mundo? En fin, y así como Monterroso y Bolaño no son obedientes con los géneros, me di cuenta de que Vargas Llosa tampoco lo es. Esto implicaba analizar su no ficción en términos de la narrativa, examinar el flujo de una a otra. *Vargas Llosa. La batalla en las ideas* es el libro que me ha llevado más años en terminar. Los tres autores tampoco se engañan ni se hacen ilusiones respecto al compromiso de los académicos estadounidenses. Nos debe costar creer, no en la honestidad sino en el pensamiento de profesores que ganan más de cien mil dólares al año, especialmente de aquellos que pertenecen a lo que Harold Bloom llama “La escuela del resentimiento”, y que solo ahora descubren a Cuba.

**MBM:** *Volvamos a la crítica latinoamericana en general y su estado actual. Hace poco el único suplemento cultural de Ecuador, Cartón Piedra, le dedicó un dossier a Julio Ortega y sus aportes a la crítica, dejando a un lado contextos mayores, entre ellos la vigencia de la crítica de otro peruano, Antonio Cornejo Polar. ¿Podría darnos su visión de similares valoraciones?*

**WHC:** Me parece bien que un suplemento dedique atención a lo que entiende por crítica o críticos. Julio (nos conocemos desde que yo estudiaba para mi doctorado, como también conocí a don Antonio), es un gran promotor de nuestras literaturas, buen editor y promotor de proyectos conjuntos, y en eso, como en su *La contemplación y la fiesta* (1968), se distingue de Cornejo Polar, cuyo legado, aparte de un libro sobre Arguedas, incluye haber dejado una revista latinoamericanista ahora muy desigual. Su pregunta me hace pensar en cómo, cada vez que se habla de una crítica nacional, se termina haciendo comparaciones en vez de jerarquías. Ambos peruanos han contribuido positivamente a su manera, y no vale explayarse sobre el calificativo de “intelectuales baratos” que Vargas Llosa empleó para ellos. Sin olvidar que el escritor reaccionaba como cualquier otro a críticas hechas por ellos a su obra (detonante que se olvida en las “metadiscusiones” sobre el calificativo), lo pertinente y comprobable de su estimación es que apuntaba a cómo algunos críticos latinoamericanos cambian su actitud al emigrar a lugares como Estados Unidos, se meten en otro juego de poder. Julio evita polémicas, algo necesario para tener éxito en ese país, y don Antonio, más académico, publicó lo que verdaderamente creía de la crítica “latinoamericanista” de Estados Unidos solo cuando sabía que le quedaba poco tiempo de vida, en una nota que salió en *Kipus* y otras revistas.

Es más consecuente tomar riesgos sin preocuparse de repercusiones personales, o en base a intereses creados o instituciones, como hizo Valencia valientemente en una reseña publicada en *Letras Libres*. Allí nota el efecto de la corrección política y académica en *Aquí América latina: una especulación* (2010), una compilación de Josefina Ludmer posterior a su estancia en Estados Unidos. No menos se puede decir de la atracción tardía de Emir Rodríguez Monegal a la deconstrucción. Resulta que ambos estuvieron en la Universidad de Yale, y es como que no querían quedar atrás de los intereses críticos circundantes, o quedar mal. Tal vez sean adaptaciones inevitables, y el que no las asume se convierte en una especie de Llanero Solitario de la crítica, lo sé personalmente. Sin embargo, es factible y a veces obligatorio escribir hoy una interpretación sin citar o mencionar a ningún crítico que se crea u otros crean “importantes”, sobre casi cualquier tema de nuestras literaturas. Esa chocante realidad (para los no citados) confirma lo voluble que es

este campo, y que la mayoría de la crítica y sus practicantes puede ser innecesaria, más allá de alguna especialización. Los que nos dedicamos a esto no somos tan importantes como para no aplicar por el menos el humor lingüístico a lo que escribimos.

**MBM:** *Por lo que dice de la crítica peruana, es como que usted no distingue entre la generalmente apolítica de Ortega y la más comprometida de Cornejo Polar, que parece ser la percepción general de ellos. ¿Cree que esa condición es igual de crítica en el resto del continente?*

**WHC:** Sí, en términos generales, esa es la condición, y la verdad es que quedan pocos críticos latinoamericanos progresistas de renombre, y los que quedan, ya mayores, tienden a repetirse y no renovarse. Esa condición tan “seria” es particularmente notable en la crítica que todavía se autodefine como de izquierda o comprometida, términos ahora remplazados por “democracia radical” o “populismo”. Ese tipo de interpretación ha decaído por su mezcla de propaganda cruda, medias verdades, o selectas, exageraciones y falsedad, por no decir nada de las caricaturas que aplican a los que no están de acuerdo con ellos. El discurso gastado, tanto de derecha como de izquierda no hace otra cosa que alentar o provocar más al contrario.

Específicamente, hay recintos anticapitalistas y antiimperialistas en la academia andina y del Cono Sur, cuando la verdad es que el *boom* económico de este siglo, que sigue beneficiando a los académicos, ha mostrado que posturas como la teoría de la dependencia y la retórica de sus usuarios eran tonterías simplistas, como si el subdesarrollo es solo la culpa del desarrollo de otros, no nuestra. Entre ironía y sarcasmo, refiriéndose a sus coetáneos festivaleros, massmediáticos, opinadores y sabelotodos que protagonizan debates y presentaciones, Bolaño asevera en “Los mitos de Chtulhu” que “¡El estado actual de la literatura en lengua española es muy bueno! ¡Inmejorable! ¡Óptimo!”.

**MBM:** *Acordemos entonces que el gusto es, por lo menos, polivalente. Pero si uno de sus argumentos generales es que la crítica está demasiado politizada, ¿no es factible que, precisamente por el gusto, haya diferencias entre ellos, como la hay entre los filólogos?*

**WHC:** Sí, tiene usted razón, es incontestable que los gustos cambian, y el crítico los debe tomar en cuenta, no para adaptarse a ellos, sino para calibrar sus credos, para no hacerse dogmático. Hay que preguntar qué queda de la desconstrucción aparte de Derrida. De la misma manera, ¿qué va a quedar de la crítica colonial sino Said? Los seguidores *fieles* siempre son críticos de segunda categoría, más papistas que el Papa o marxistas que Marx, sobre todo cuando siguen servilmente las ideas de los maestros. Liberarse de ese peso es difícil, y tiene grandes repercusiones cuando el crítico se siente supeditado o desdeñado, sobre todo cuando se cuestiona la teoría que le ha dado fama. En el momento en que le contesto hay un conflicto interno respecto a las nociones asociadas a la del “subalterno” acuñada por Spivak, y el apóstata, que afortunadamente es de origen similar al de ella, lleva las de ganar. Por supuesto no ha llegado al público general, pero es la comidilla de algunos críticos progresistas. Para variar, Spivak ha llamado a su infantería, y en un número muy reciente de la revista *PMLA*, órgano poderoso del peor oficialismo académico estadounidense, ha hecho que salgan en su defensa, e incluso hay una nota “antiimperialista” de Franco.

El “desertor”, según la mentalidad de que si pertenecemos a cierta cultura solo debemos pensar como el resto de ella y no cuestionarla, es Vivek Chibber, sociólogo, no literato, de origen indio. Este comienza su *Postcolonial Theory and the Specter of Capital* argumentando en sus primeros dos capítulos que los “estudios subalternos” son un fracaso, concluyendo en su undécimo y último capítulo que esos estudios no son otra cosa que una ideología. Menciona solo de paso a Spivak, su genitora nominal. Tal vez por no asignársele un carácter fundacional se sintió ofendida, e hizo una reseña tendenciosamente larga y personalizada de la tesis de Chibber, eligiéndose protagonista y defensora. Chibber no se quedó callado, y les contestó más a otros críticos que a ella este año, en un largo artículo llamado, y traduzco, “Capitalismo, clase y universalismo: escaparse del callejón sin salida de la teoría poscolonial” (*Socialist Register*, 50, 2014).

**MBM:** *¿Pero por qué cree usted que esa polémica ha adquirido una relevancia que no han tenido otras, sobre todo cuando se trata de humanistas, no necesariamente de literatos?*

**WHC:** Por lo que señala usted, no deja de ser pertinente que el progresista y ampliamente distribuido *Le Monde Diplomatique*, haya publicado un extracto (con el título provocador “El universalismo, un arma para la izquierda”) de ese artículo poco después. Una de cuyas conclusiones es si no es injustificable asignar algunas necesidades e intereses a agentes a través de otras culturas y tiempos. Es una pregunta afín a lo que mencionaba anteriormente acerca de la aplicabilidad de lo “decolonial”. En términos de nuestras conversaciones, lo que me parece más pertinente de este “escándalo” que solo afectará a los involucrados es que, al fin, sale un crítico con el valor de cuestionar al panteón crítico, sin ataques personales, y obviamente sin preocuparse cómo su valor afectará a su carrera. No hay nada más vergonzoso que una cultura crítica se deje gobernar por una hermandad de dirigentes irresponsables y autoritarios con ansiedades oscuras, sin resistir, o con repugnantes posturas tibias o calladas.

Y para seguir mostrando que los latinoamericanistas contamos poco en ese mundo crítico, Patai, brasileñista, criticó la noción mucho antes que Chibber, el mismo año que la publicó Spivak, pero esta no le ha contestado. Igualmente, ni Spivak ni sus seis acólitos en *PMLA* se dignan en dialogar con la severa crítica que le hizo Terry Eagleton respecto a su marxismo a la *divine gauche*, y así todo se queda en casa. Como notará usted, podemos seguir discutiendo infinitamente este tipo de polémica necesaria, pero a riesgo de seguir distanciándome de su pregunta específica, otro defecto del crítico, así que dejémoslo así.

**MBM:** *¿Qué otros críticos latinoamericanos o de la tradición occidental siguen teniendo vigencia para usted, o continúan influyendo en su quehacer?*

**WHC:** En fechas recientes tiendo a volver a algunos clásicos brasileños, como Cândido y José Guilherme Merquior, y a Luiz Costa Lima, con quien coincidí en Stanford. Por desarrollar la noción de que la literatura enseña más y mejor sobre la vida que la filosofía, leo al Richard Rorty tardío, y a Martha Nussbaum, que también tiene excelentes ensayos sobre el cosmopolitismo. Personalmente, considero útil y renovable la perogrullada que ningún crítico que escribe sobre literatura puede decir más que la

obra misma. Con el aumento de la crítica “en línea” se ha puesto en jaque mate la importancia y los estándares de la crítica, pero a la larga la calidad de la crítica es lo que importa, y ahí sigue Beatriz Sarlo. Creo que la negatividad es digna de atención, porque bien sabemos lo endogámico que puede ser este quehacer, sobre todo en la academia. Pero si no se critica para herir a los autores u otros críticos en su persona, por difícil que les sea separarse de su obra, considero que el potencial de la crítica es más positivo que negativo, sobre todo cuando abunda la aquiescencia y hay tanta producción, o crítica sobre crítica de la crítica.

Por mi trabajo actual he seguido más de cerca estas dos últimas, en los artículos del otrora marxista Franco Moretti, y de la comparatista Emily Apter, en base a mi interés anterior en la obra tan clara y convincente de Pascale Casanova, aunque no sea perfecta respecto al papel de la literatura hispanoamericana en la mundial. En los dos primeros casos no noto el tipo de conocimiento literario que es el producto de la interacción e interpretación humana, en vez de medidas cuasi-científicas, y tal vez por eso todavía no les interesen a los latinoamericanistas. En una reseña de varios libros acerca de las humanidades digitales, entre ellos *Distant Reading* (en que Moretti colecciona sus ensayos recientes), Adam Kirsch asevera que “no tiene sentido acelerar el trabajo de pensar al delegarlo a una computadora, cuando es precisamente la experiencia del pensamiento que constituye la sustancia de la educación humanista. Las humanidades no pueden hacerse en segundos”. O como dice el ensayista mexicano Adolfo Castañón en una nota sobre el libro de Steiner acerca de los maestros: “cabe preguntarse, sobre todo en el ámbito de las humanidades hispanoamericanas, si el conocimiento que se transmite entre maestros y discípulos no consta más que de ‘ficciones supremas’, utopías, concepciones soberbias e insurgentes que sólo sirven para hacer de los discípulos unos escolásticos desadaptados”.

**MBM:** *¿Cómo se ven afectados esos cambios por los soportes digitales actuales? ¿No le parece que los críticos jóvenes casi forzosamente tienen y tendrán que convertirse en blogueros o microblogueros?*

**WHC:** ¿Quién los va a leer? Lo que pasa es que, si uno reclama volver a los medios convencionales, sobre todo si se es joven, te acusan de conservador, elitista, purista, tradicionalista e imputaciones afines. Más que el periodismo tradicional, hoy en día la red permite que cualquiera sea crítico literario; y como en Amazon, que tu mejor amigo o mujer, que no siempre es la misma cosa, escriba y publique una nota o reseña elogiosa sobre tu obra. En las épocas de los maestros anteriores al *boom*, y en la de estos, no existían los talleres sino el periodismo. La caída vertiginosa de la prensa tal como la entendimos hasta cierta época, ha fastidiado a todo el funcionamiento cultural. Creo que pasa en todas partes: ahora hay carreras que largan al mercado a chicos que apenas saben las estructuras elementales para armar un argumento. Hace unos años se divulgó mucho (lo traduje al inglés) un artículo de un profesor colombiano de comunicación y periodismo que renunció a su puesto porque sus alumnos no podían escribir párrafos que tuvieran pies y cabeza. Ni las escuelas de “comunicación” ni los talleres literarios reparan, a esta altura, ciertos problemas. A nivel de crítica, entiendo, un taller es una encrucijada.

Pero hay maneras de zafar, con casos y excepciones, y lo triste es que eso no se ve en las colaboraciones de los autores mayores, y menores (en edad o importancia) a quienes *El País* les otorga *blogs*, excepción hecha de Pron, y de vez en cuando del peruano Iván Thays, antes de que cerrara el suyo. Si decir eso convierte mis opiniones en breviario o dictamen, así sea. No es descubrir la pólvora que las revisiones críticas deberían estar a medio camino entre la crítica cultural periodística representada por una colección como *La crítica: el género de los géneros* (2007) de Camilo Marks y la más académica. Para esta es muy recomendable la revisión algo densa pero necesaria *De las más altas cumbres. Teoría crítica latinoamericana moderna (1876-2006)* (2012) de otro chileno, Grínor Rojo. Si ese punto medio es la solución, entonces no hay crítica mejor fundamentada hoy que la de Domínguez Michael, quien hace poco dijo que no le apetecían los nuevos medios sociales. Paulatinamente se va descubriendo que son una pérdida de tiempo egoísta, y estoy de acuerdo con esa percepción.

**MBM:** *¿Qué opina de la práctica de adaptar un aparato crítico al texto o viceversa, lo cual implica saber la respuesta de antemano, y crear una trampa intelectual?*

**WHC:** Tengo una opinión muy negativa de “adaptar” una crítica al texto, o éste a ella, especialmente si es meditado o automático. Detesto y me parece patética la práctica académica que con tanta frecuencia hace que las cosas parezcan difíciles, para atribuirse hacerlas aparecer fáciles. Eso es lo que está detrás de algunos artículos anglófonos recientes sobre el valor de “lo difícil”. No tengo nada contra lo difícil, y no lo creo un obstáculo inconveniente (la queja de la filología rancia) para el entendimiento de un texto, con tal de que sea parte de una aventura interpretativa, no de una actitud que presenta lo difícil porque es difícil. Si tiendo a alguna metodología tendría que definirla como la que toma la literatura por lo que es, una manera de aprehender el mundo, sin creerla revelación divina, o un “texto” inútil intrínsecamente, que “sirve” para expresar (pre)juicios socioculturales establecidos antes de comenzar a leer. Hay que admirar y hasta venerar a los maestros críticos que han influido en uno, pero hay que forjar tu propio camino, y nunca dejar que hablen por uno.

**MBM:** *Ya que toca el tema, y no solo por su experiencia como profesor, sino en términos generales, y en base a lo que ha venido diciendo, ¿cuál es hoy la responsabilidad pedagógica del crítico?*

**WHC:** Respecto a la responsabilidad del crítico *como profesor*, se habla mucho hoy de enseñar el “pensamiento crítico”, lo cual suena positivo y necesario. El problema es que es uno de esos términos como “diversidad” o “género”, sobre los cuales habla todo el mundo, pero hay cientos de maneras de definirlos. El “pensamiento crítico” tiende a desafiar a los pedagogos, lo cual me parece excelente. Pero el problema es que muchos maestros no quieren ser desafiados, por estar aprisionados en su manera de pensar, o por simple personalidad, como intuye Rancière. Entonces hay que pensar en el mundo real, en que los directores de puestos que no tienen que ver con la enseñanza en verdad quieren gente bien entrenada que resuelva problemas, no un “pensador crítico” que quiere salvar al mundo. Tal como se sigue

estructurando la enseñanza de la literatura, el “pensamiento crítico” es una buena intención que permitiría formar tu propia opinión de varias fuentes. Pero como los profesores e instituciones apoyan y alientan una retirada del rigor académico, los estudiantes siguen enfocados y enchufados en sus vidas sociales más que en las actividades interpretativas que han escogido como carrera.